

Los partidos políticos argentinos en clave histórica La institucionalización como eje de investigación interdisciplinaria

Federico Núñez Burgos¹

Resumen

La pretensión de este trabajo es observar y comprender el proceso de institucionalización de los partidos políticos en clave histórica, para lo cual pretendo abordar la cuestión desde una perspectiva multidisciplinaria que desarrolle un punto de inflexión entre la historia, la ciencia política y la sociología, a los fines de encontrar respuestas a los interrogantes que surgen de las tensiones entre la dinámica propia de las instituciones y las expectativas de los sujetos que las integran.

Palabras clave: microhistoria - partidos políticos - instituciones

Desarrollo

Al iniciar este artículo, un sinfín de preguntas increpaban mis aspiraciones de «buen escritor», lo que me llevó a dar cientos de «vueltas» en torno a la cuestión que de modo general existía, pero que no podía traducir en alguna pregunta central a mi objeto. Desde el principio el tema estaba vinculado a los partidos po-

líticos, pero: ¿cómo cuestionar una construcción institucional que alcanzó tamaña gravitación en las democracias occidentales? Más aún, ¿cómo problematizar la cuestión desde la interpretación histórica, luego de la existencia de grandes y geniales publicaciones con las que nos hemos formado todos los investigadores en ciencias sociales¹? ¿Cómo hacer para no caer en la tentación de transformar este traba-

¹ Instituto de Estudios en Historia, Política y Gobierno, Facultad de Artes y Ciencias de la UCaSal.

¹ Me refiero a destacados trabajos como los de Waldo Ansaldi (1990), «El parque de los senderos que se bifurcan», Revista Puerto de Palos. Nro. 23-24, Junio-Septiembre, Buenos Aires; Natalio Botana (1994), *El orden conservador*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires; Hebe Clementi (1986), *El radicalismo. Trayectoria Política*, Editorial Hyspamérica, Buenos Aires; Gabriel Del Mazo (1983), *El radicalismo, ensayo sobre su historia y doctrina*, Ediciones Suquía, Córdoba; Oscar Oszlak (1982), «Reflexiones sobre la formación del estado y la construcción de la sociedad argentina», Desarrollo económico Nro. 84, Volumen 21. Enero-Marzo; Ana Virginia Presello (2004), *El partido radical*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires; Rodolfo Puiggrós (1986), *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Editorial Hyspamérica, Buenos Aires; David Rock (1986); *El radicalismo argentino*, Amorrortu. Buenos Aires; entre otros.

jo en una mera repetición de cuestiones trilladas y tratar de cumplir, al menos, con algún criterio de originalidad?

El desafío queda planteado y el objeto también, pues el espíritu inquieto del observador asocia nuestras tentaciones a la búsqueda de una respuesta frente a un tema que nos interpela y despierta vocación para su comprensión e interpretación; de modo que esta curiosidad inicial es la motivación que nos lleva a observar, a estudiar, a tratar de comprender, a realizar marcos teóricos y aplicar todo el bagaje conceptual y experiencial del desarrollo de las ciencias modernas.

Esa curiosidad, esa motivación del autor, es clave para iniciar un trabajo de investigación que deberá responder a diferentes cánones teóricos y metodológicos, que harán que el aporte realizado sea eficiente para cumplir con una de las premisas más importantes de la ciencia moderna, su capacidad de acumulación y transmisión.

Y en este sentido cabe decir que la cantidad de temas es tan variada como la cantidad de «curiosos» en condiciones de hacer de esa curiosidad un objeto de investigación, pero considero que, desde esa perspectiva, encontramos el desafío, pues, sobre cada objeto construido, podemos aplicar muchas miradas y de este modo abordarlo y reconstruirlo desde múltiples alternativas.

La historia y los historiadores han llevado esta cuestión a extremos muy interesantes e incursionaron decididamente en la búsqueda de consolidación de una ciencia que ha tenido altibajos por sus desafíos y aportes.

Así, cuestiones como la Historia Total o la Verdad (Mudrovic, s/d: 189), en la historia son

increpadas por diferentes autores que naturalmente buscan mantener la unidad de la ciencia en momentos de alta especialización y fragmentación, lo que estimula el debate en torno a la generación de explicaciones sobre el espacio de la historia en el campo de las Ciencias Sociales. Así, por ejemplo Paul Ricœur sostendrá que la «historia se distingue de las demás ciencias sociales, y principalmente de la sociología, porque pone el énfasis en el cambio y en las diferencias o desviaciones que afectan a los cambios», siendo estos conceptos los que encierran una «connotación temporal manifiesta» (Ricœur, s/d: 238); evidentemente, el manejo de las «duraciones» (aporte importante desde la economía) es un desafío que el historiador debe combinar, conjuntamente con el desarrollo de las escalas de observación, y en este sentido es interesante la reflexión de Santos Juliá respecto de que «el historiador organiza su material en función de la categoría tiempo» (Juliá, 1989: 37), frase de muy clara comprensión que nos permite ahondar en la segmentación (arbitraria, como toda segmentación) del campo de la historia en el marco de las ciencias sociales, pues es esta dimensión temporal lo que hace a lo propio del análisis histórico, sin reducirla a una mera descripción cronológica, pues, la combinación entre temporalidades, la organización temporal del material y las escalas son las cuestiones que combinadas, considero, hacen al oficio del historiador², por cierto sin ser la única condición sobre el objeto de estudio.

Puesta así la cuestión, surgirán diferentes proposiciones respecto de la situación actual en la investigación histórica. Estas propuestas están planteadas desde diferentes posiciones,

² Hay una nota que me gustaría compartir extraída del texto de Gerard Noiriel (1997), «Sobre la crisis de la historia», donde sostiene que «los sociólogos pueden ‘cortar, detener, volver a poner en movimiento’ el tiempo a su antojo; el historiador, en cambio, debe respetar el tiempo del mundo», citando a Braudel (Madrid: Ediciones Cátedra, p. 97).

pero todas coinciden en un hecho indudable: la crisis en la que está sumergido nuestro campo de estudios, especialmente por medio de la fragilidad manifiesta de los principales paradigmas en ciencias sociales (Pablo González Casanova, 1999: 5).

Hechas estas consideraciones, lo importante para esta presentación está asociado a la idea de investigar sobre una materia en especial, ya que su objeto, los partidos políticos argentinos en su proceso de consolidación, nos obliga a reflexionar sobre la metodología más eficiente para responder a nuestra intención.

Así, creo útil el debate en torno a la escala de análisis, puesto que el objeto que trataré de abordar requiere una metodología especial que supere el mero modelo cronológico que, además, presupondría que todas las instituciones similares debieran atravesar por las mismas fases.

Puestas así las cosas, podemos enfocar este estudio desde el sendero de la microhistoria, estrategia que nos permite realizar un abordaje del objeto reducido en su escala y por tanto ser más exhaustivos con la observación y análisis del materia documental (Levi, G., 1993: 14), al tiempo que, tal como sostiene Ricœur, podremos observar una gran cantidad de objetos y fenómenos independientemente de su dimensión, en suma, una estrategia útil para hacer visibles conexiones y encadenamientos que desde la macrohistoria pasarían inadvertidos (Ricœur: 273).

Pero más allá de los beneficios que obtenemos por el cambio de «lente», el investigador debe asumir que no se trata sólo de una escala diferente, sino que debe comprender que esta diferencia entre la micro y la macrohistoria nos remite a una estrategia de observación caracterizada por una serie de cuestiones que Jacques Revel (1996) analiza y resume en siete puntos claves que nos brindan una mayor comprensión de la cuestión.

Desde esta posición abordaré la problematización final del objeto que propongo en este trabajo, pues el debate en torno a la metodología posible y las respuestas frente a las dificultades analíticas para abordar el problema de las instituciones políticas, despertó la aspiración de tratar de comprender, en primer lugar, las complejas visiones que los autores plantean a la hora de abordar el tema institucional. De este modo, la primera observación importante está hecha a la estrategia microhistórica, pues ésta no nos debe oscurecer la observación y debemos tener en cuenta que hasta la más diminuta acción que podamos analizar no es independiente de un mecanismo mayor de acción humana y de desarrollo de un sistema mayor (si es que podemos utilizar esta expresión) y más complejo en el que se encuentra inserto, motivo que lleva a advertir que un análisis del tipo microhistórico no puede obviar su contextualización y mucho menos comportarse como un estudio exclusivo del objeto puesto bajo nuestra lupa; sino, por el contrario, esta estrategia debe abrir el camino para comprender relaciones mayores y de más abstracción, pues, como sostendrá Hira de Gortari Rabiela, «la pretensión (de la microhistoria), aunque parezca paradójica es hacer algunas generalizaciones y no solo contar con fragmentos» (1999: 40).

Es por ello que considero que el abordaje de los procesos de institucionalización de los partidos políticos argentinos lleva a establecer una metodología que permita vincular los debates que se presentan en los abordajes microhistóricos, para comprender la evolución institucional de los partidos políticos y el trabajo vinculado con la combinación de los «plazos», asociados a su vida institucional.

De esta combinación de plazos y dinámicas surge una cuestión importante asociada a la observación de las conexiones como un proceso dinámico que determina estados y movimientos en el tiempo.

Esto remite a la idea de las instituciones y cómo éstas pueden ser concebidas en el desarrollo de futuros trabajos de investigación, para lo cual sostendré que es posible pensarlas como un proceso dinámico caracterizado por el establecimiento de regularidades en las relaciones en el tiempo, que cobra vida y dinámica propia y al decir de Ricœur, «crea identidad y coacción» (Ricœur: 286).

Desde esta perspectiva, se hace evidente que el concepto estático de institución comienza a quedar insuficiente y entonces se hace necesario determinar un concepto más dinámico, como el de institucionalización, entendida como un proceso que se desarrolla a lo largo del tiempo y que no mantiene igualdad, más cuanto ciertas regularidades, que le dan su carácter de continuidad.

Esta perspectiva dinámica de la institucionalización se debate entre «la producción de sentido en su forma inicial y la producción de coacción en su forma ya establecida» (Ricœur: 286); tensión importante para el presente trabajo, que por un lado fundamenta la lógica dinámica de la institucionalización en tanto modelo de relaciones sociales, y por otro lado dota de sentido a la misma dinámica, como una tensión progresiva entre las viejas estructuras fundacionales y los nuevos requerimientos institucionales.

En este sentido me parece atractivo el planteo de Pierre Bourdieu respecto de las tareas del sociólogo en torno al análisis e interpretación de las instituciones al entender que «las primeras impresiones que nosotros tenemos de las instituciones no son en lo esencial sino el producto del trabajo de representación que ellas producen espontáneamente» (Bourdieu; 2000: 70), así, la tarea del investigador social, estará centrada en la necesidad de interpretar el movimiento del objeto despejando aquella interpretación que las instituciones producen de ellas mismas, para comprender su dinámica propia.

Naturalmente esta cuestión nos podría llevar a tratar de alcanzar «la verdad», es decir, mirar más allá de los propios documentos (como los datos necesarios para una interpretación científica ajustada al método) para comprender la «realidad», conceptos que son parte de la crisis de redefiniciones en la que se encuentran inmersas las ciencias sociales en tiempos posmodernos, tensión que Bourdieu tratará por medio de la idea de la «objetivación participante» (2000: 84) reconociendo la participación del científico desde su lugar de socialización.

Esta cuestión de la verdad y del investigador es interesantemente abordada por María Inés Mudrovic, quien luego de hacer un análisis sobre «el fin de la Historia», propuesto por Fukuyama, sostiene que «si todo lo humano es producto de la historia, la misma persona que sostiene tal opinión deberá honestamente preguntarse si tanto él como su historicismo no serán también producto de su tiempo» (Mudrovic: 192), para afirmar entonces que «la verdad es históricamente relativa», frente a lo cual dirá que la respuesta del fin de la historia es sólo una estrategia de abordaje de la cuestión referida al relativismo histórico, planteo opuesto a las teorías de Nietzsche, Heidegger o Foucault que presentan una propuesta más vinculada a la idea de «verdad» en la historia.

El interesante planteo de Mudrovic hecha luz sobre las estrategias de abordaje en torno a la crisis de la historia y sus paradigmas, invitándonos a pensar sobre el límite de nuestra comprensión respecto de los temas propios de la ciencia para no caer, tampoco, en la profecía.

Pero la lectura de Mudrovic, avanza en desmitificar otros principios rectores de las ciencias modernas, vinculadas con la idea de la búsqueda de regularidades que nos permitirían arribar a la verdad, al tiempo que nos

posibilita comprender los límites de esta idea y la accesibilidad a ella por medio de la ciencia experimental aplicada a la historia, entendiéndola como algo que excedería la mera lógica del ordenamiento de relaciones, para cerrar el debate en la idea de que «la verdad entonces, es relativa al esquema conceptual del que partimos» (Mudrovic: 197).

En este sentido, me parece interesante incorporar un planteo que se desprende del aporte de González Casanova (1999), poniendo énfasis en el aporte latinoamericano a los conceptos sociopolíticos, tema que considero de mucha importancia entendiendo que, para la dimensión de las instituciones políticas en nuestros países, el modelo europeo de derechas e izquierdas³, por ejemplo, no siempre permite comprender la lógica y la dinámica de las instituciones locales; y si bien el autor discurre sobre otros conceptos, creo que el «atrevimiento» de interrumpir los modelos explicativos de los grandes centros de producción intelectual no latinoamericanos, revalorizando ideas como «progreso», «marginalidad», «colonialismo» y otros, nos da la libertad de repensar la dinámica de institucionalidad partidaria desde un modelo más local, y por tanto, donde nuestras experiencias personales y académicas cobren sentido explicativo, al tiempo que, desde la perspectiva de Santos Juliá (1989:

50) este proceso en general conduce a la revalorización de la experiencia teórica local, la que evidentemente tiene mucho que aportar en la comprensión de los fenómenos sociales.

El devenir teórico del presente trabajo nos lleva a abordar otro tema importante para la problematización de la cuestión, vinculado con la tendencia interdisciplinaria en la que se encuentran las ciencias sociales contemporáneas, y en especial la historia.

Esta tendencia, avanzada e irrefutable, es contracara de la arraigada tentación hegemónica de la cual Gérard Noiriel postula como representante a Braudel (1997: 97).

En relación con esta cuestión, cabe decir que el objeto de estudio en el cual está enfocado el presente trabajo, los partidos políticos en Argentina, es objeto compartido desde la historia y la ciencia política, y en tanto instituciones, también por la sociología, a punto tal que Marcel Prélot (1985) sostiene que cualquier estudio relacionado con los partidos políticos debe ser de carácter politológico, entendiendo que ese concepto representa de mejor manera el objeto y la unidad epistemológica de la ciencia política⁴, visión a la que arriba en el momento en el cual la ciencia política amplía su objeto superando los estudios que se centraban exclusivamente en el estado⁵.

Ahora bien, frente a la pretensión de este

³ Maurice Duverger, en *Los partidos políticos* (1992), aborda esta cuestión, pero considero que el modelo de derechas e izquierdas sobre el que construye sus explicaciones caen en un excesivo «europeísmo» que puede resultar insuficiente para explicar los procesos en nuestro país.

⁴ Marcel Prélot, en *La ciencia política*, desarrolla un debate en torno al concepto de ciencia política y define que ésta adquiere su unidad y sentido cuando es comprendida de acuerdo con una de sus definiciones más tradicionales, es decir, la ciencia que estudia a la *polis*, como algo más extenso que la simple definición geográfica de la ciudad griega, por agregación a la *Res Publica* y en suma al Estado, comprendido no sólo en la cúspide de la toma de decisiones, sino también como un conjunto de componentes que hacen a una transposición de la antigua ciudad griega a los requerimientos del mundo moderno; así, partidos políticos, grupos de presión o de interés e instituciones jurídicas forman parte de los objetos de estudio de nuestra ciencia.

⁵ Para ampliar la cuestión referida al campo de estudios de la Ciencia Política, ver Núñez Burgos, Federico. *Del Movimiento al Partido. Sobre la consolidación de la Unión Cívica Radical*, 2007.

trabajo de observar y comprender el proceso de institucionalización de los partidos políticos en clave histórica⁶, me gustaría reflexionar, a partir de la propuesta de Pierre Bourdieu (2000: 70), que la primera aproximación que los investigadores sociales tenemos sobre las instituciones está vinculada a las representaciones que las mismas producen y a las que el historiador accede por medio del abordaje de documentación que clasificamos como fuentes primarias, las que en la mayoría de los casos están elaboradas por las mismas instituciones, método que Dogan y Pahre critican al sostener que «la insistencia en el uso exclusivo de fuentes primarias puede limitar la amplitud de visión del historiador» (1993: 225), al tiempo que, considero, esta estrategia, utilizada en forma exclusiva, tiende a reforzar la perspectiva de los sectores dominantes, además de conducirnos a abolir las acciones de los sujetos individuales y colectivos que son el centro de la tensión en el proceso de institucionalización, ya que las oposiciones se darán entre la dinámica propia de las instituciones y las expectativas de los sujetos.

Claro es que esta perspectiva de los actores no nos debe hacer caer en el modelo histórico que se consolida por medio del relato de hechos que acontecieron a sujetos individuales, estados o personajes con poder político ordenados en forma cronológica, o el llamado modelo histórico positivista.

Estas observaciones no estarían completas si no tomáramos las consideraciones que los politólogos hacen respecto de las instituciones, por tanto, entiendo que es significativa la línea argumental de Ángelo Panebianco, respecto de los estudios en torno a los partidos políticos, al considerar que éstos están direc-

cionados por dos prejuicios, uno sociológico y otro teleológico (1996: 28), de modo tal que la primera de estas desviaciones nos remitiría a los modelos de estratificación social y sectores sociales que se supone representan, reduciendo las demandas de las instituciones a situaciones de clase, mientras que la segunda desviación nos remitiría a definir a los partidos políticos de acuerdo con los fines que persigue, visión que reduce la cuestión de los objetivos a aspectos formalistas (fines declarados) y que no logra identificar que esto es un verdadero problema en las instituciones políticas.

En esta misma línea, me gustaría compartir el modelo que surge desde la comprensión de Maurice Duverger (1992), quien rescatará el análisis histórico para comprender los motivos que llevaron al nacimiento y consolidación de los partidos políticos europeos, fundamentando las características particulares de cada uno y su diferenciación, de modo tal que el punto para la comprensión de la dinámica institucional está basado en el especial modo de desarrollo institucional del contexto del que es parte.

Así entonces, entiendo que no existe un modelo único y exclusivo de institucionalización de los partidos políticos, en tanto que las experiencias y condiciones históricas y sociales que les dieron origen son diferentes; sin embargo, creo que como proceso institucional es posible reconocer la existencia de una «hoja de ruta», en tanto cuestiones inevitables por las que deben atravesar los partidos políticos a fin de mantener su estructura y continuidad institucional en el largo plazo.

Como ya sostuve al analizar la cuestión desde la perspectiva institucional y su dinámica, es imposible obviar los aportes de la so-

⁶ Cuestión que supone la intersección entre dos espacios académicos, el de la historia y el de la política. Tal como sostiene Hira de Gortari Rabiela, en esta intersección es necesario avanzar en nuevas explicaciones que aporten claridad y amplíen las capacidades de las ciencias (1999: 35).

ciología, por tal motivo, haré una breve mención sobre los paradigmas que aportan conceptos sobre la visión institucional y el movimiento contemporáneo, que permiten ver, en los movimientos sociales, una dinámica que puede resumirse en las siguientes fases: surgimiento del movimiento social como resultado de la disconformidad de partes de la población y la necesidad de «cambiar las cosas»; la formación de un movimiento que tiende a definirse y desarrollar estrategias para el cambio; la burocratización del movimiento, lo que le brinda cierta estabilidad estructural; y finalmente un proceso de declive que tiende a la extinción del movimiento (Macionis y Plumer, 2007: 420). Esta perspectiva permite observar la cuestión de las instituciones no como un elemento estático sino dinámico, que aporta a la visión de la institucionalización.

Puestas así las cosas, la reconstrucción del objeto que me interesa abordar puede superar los paradigmas clásicos de la sociología, entendiendo que el modelo funcionalista⁷, caracterizado por considerar a la sociedad como un complejo sistema cuyas partes se articulan para dotar de estabilidad a la sociedad, en tanto que cada parte cumpla con su «misión», poco dice del cambio y la dinámica, en tanto que destaca el carácter estático de las instituciones, lo que restringe la utilidad del modelo en el campo de las ciencias sociales.

Pero por otro lado, dentro de los modelos sociológicos, ganó gran adhesión el paradigma del conflicto, basado en la idea de que no es el equilibrio lo propio de las sociedades, sino el conflicto y la lucha, en base a las diferencias y desigualdades propias del capitalismo. Este modelo, basado en las tensiones que describe la teoría fundada en el marxismo, nos lleva a

caer en la advertencia que tomábamos en párrafos anteriores; es decir, pensar que las instituciones políticas, en este caso, son sólo resultados de las tensiones sociales, y que por tanto representan intereses de clases, congelando la dinámica institucional y predeterminando su derrotero social al ser, exclusivamente, representantes de «intereses» posibles de ser interpretados de antemano por un investigador que comprenda el método. Estas circunstancias hacen a la debilidad intrínseca de la posición ya que nos obligan a pensar en un desarrollo predeterminado de la institución y en general no permiten que el investigador salga de ese derrotero como resultado del método, lo que obliga a tener una visión más del tipo macro y dejar de lado las características propias de cada objeto de estudio.

Finalmente, el paradigma de la acción social nos permite acercarnos un poco más al modelo de análisis que podemos utilizar frente a la observación del movimiento que supone la institucionalización, porque, tal como sostienen Macionis y Plummer, este paradigma da lugar a una «orientación nivel-micro, que implica estudiar la sociedad desde la interacción social en situaciones específicas» (2007: 27), este modelo, a diferencia de los anteriores, tiene la flexibilidad para poder ser utilizado desde la perspectiva micro que, entiendo, necesitamos para comprender el proceso de institucionalización de los partidos políticos argentinos.

Sin embargo, este paradigma que se desprende desde la perspectiva de Weber y que se desarrollará con Bourdieu, entre otros sociólogos, nos pone en un aprieto, porque considero que aporta cuestiones vitales en torno a las acciones de los sujetos en el proceso de cons-

⁷ El paradigma funcionalista ha sido forjado por Hebert Spencer, Emilie Durkheim, Talcot Parsons y Robert Merton, entre otros.

trucción de las instituciones, más aún, nos permite avanzar en la comprensión del movimiento hacia la institucionalización, pero nos deja solos al momento de pensar en la institución, especialmente en la fase en la cual ella cobra vida, es decir, cuando congela sus burocracias y construye identidad, pues, desde ese momento, las instituciones adquieren una dinámica tal que tratan de subsumir la voluntad de los actores.

Finalmente, esta tensión, apenas esbozada en el presente trabajo, es un elemento central en la institucionalización moderna, es decir, poder hacer una aproximación micro histórica al dinámico movimiento de las instituciones que suponen fases de desarrollo, es el desafío que me gustaría encarar ya que, por ejemplo, esa propuesta de cuatro movimientos requiere, desde la perspectiva histórica, la utilización de un mecanismo de interacción entre la Historia, la Ciencia Política y la Sociología para comprenderlo en la mayor dimensión posible, poniendo énfasis en la tensión institucional que considero más importante: la lucha entre los sujetos que forman parte de las instituciones y la socialización (como proceso de aprendizaje de la cultura) a la que se somete cada uno de ellos, siendo esta tensión el eje del cambio.

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, Pierre. *Poder, derecho y clases sociales*. España: Bilbao, 2000.
- Duverger, Maurice. *Los partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- González Casanova, Pablo. *Ciencias Sociales. Algunos Conceptos Básicos*. México: Siglo XXI Editores, 1999.
- Juliá, Santos. *Historia social/sociología histórica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Levi, Giovanni. *Sobre Microhistoria*. Buenos Aires: Biblos, 1993.
- Macionis, Jhon y Plumer, Ken. *Sociología*. Madrid: Pearson Educación, 3ª ed., 2007.
- Mudrovic, María Inés. «Historia y Verdad», en Pérez Lindo, Augusto, Comp. *El devenir de la verdad*. Buenos Aires: Editorial Biblos (s/d).
- Noiriel, Gerard. *Sobre la crisis de la historia*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1997.
- Núñez Burgos, Federico. *Del Movimiento al Partido. Sobre la consolidación de la Unión Cívica Radical*. Salta: EUCASA Editorial, 2007.
- Prélot, Marcel. *La ciencia política*. Buenos Aires: Eudeba, 1985.
- Revel, Jacques. «Microanálisis y construcción de lo social», en Revista *Entrepasados*. Año V, Número 10, Buenos Aires, 1996.
- Ricœur, Paul. *La Memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica, 1992.